

(1) PIERRE BOURDIEU; JEAN CLAUDE PASSERON: *LA REPRODUCCIÓN*¹

0. Todo poder de violencia simbólica, o sea, todo poder que logra imponer significaciones e imponerlas como legítimas disimulando las relaciones de fuerza en que se funda su propia fuerza, añade su fuerza propia, es decir, propiamente simbólica, a esas relaciones de fuerza.

1. Toda acción pedagógica es objetivamente una violencia simbólica en tanto que imposición, por un poder arbitrario, de una arbitrariedad cultural.

1.1. La acción pedagógica es objetivamente una violencia simbólica, en un primer sentido, en la medida en que las relaciones de fuerza entre los grupos o las clases que constituyen una formación social son el fundamento del poder arbitrario que es la condición de la instauración de una relación de comunicación pedagógica, o sea, de la imposición y de la inculcación de una arbitrariedad cultural según un modelo arbitrario de imposición y de inculcación (educación).

1.2. La acción pedagógica es objetivamente una violencia simbólica, en un segundo sentido, en la medida en que la delimitación objetivamente implicada en el hecho de imponer y de inculcar ciertos significados, tratados -por la selección y exclusión que les es correlativa- como dignos de ser reproducidos por una acción pedagógica, re-produce (en el doble sentido del término) la selección arbitraria que un grupo o una clase opera objetivamente en y por su arbitrariedad cultural.

1.3. El grado objetivo de arbitrariedad (en el sentido de la prop. 1.1) del poder de imposición de una acción pedagógica es tanto más elevado cuanto más elevado sea el mismo grado de arbitrariedad (en el sentido de la proposición 1.2) de la cultura impuesta.

2. En tanto que poder de violencia simbólica que se ejerce en una relación de comunicación que sólo puede producir su efecto propio, o sea, propiamente simbólico, en la medida en que el poder arbitrario que hace posible la imposición no aparece nunca en su completa verdad (en el sentido de la prop. 1.1), y como inculcación de una arbitrariedad cultural que se realiza en una relación de comunicación pedagógica que solamente puede producir su propio efecto, o sea, propiamente pedagógico, en la medida en que la arbitrariedad del contenido inculcado no aparece nunca en su completa verdad (en el sentido de la prop. 1.2), la acción pedagógica implica necesariamente como condición social para su ejercicio la autoridad pedagógica y la autonomía relativa de la instancia encargada de ejercerla.

2.1. En tanto que poder arbitrario de imposición que, por el solo hecho de ser ignorado como tal, se halla objetivamente reconocido como autoridad legítima, la autoridad pedagógica, poder de violencia simbólica que se manifiesta bajo la forma de un derecho de imposición legítima, refuerza el poder arbitrario que la fundamenta y que ella disimula.

2.2. La acción pedagógica, en tanto que está investida de una autoridad pedagógica, tiende a que se desconozca la verdad objetiva de la arbitrariedad cultural, ya que, reconocida como instancia

¹ *La reproduction. Éléments pour une théorie du système d'enseignement*, selección de tesis del libro primero, según la ed. París, Les Éditions de Minuit, 1970, trad. cast., Barcelona, Laia, 1977, 1981².

legítima de imposición, tiende a que se reconozca la arbitrariedad cultural que inculca como cultura legítima.

2.3. Toda instancia (agente o institución) que ejerce una acción pedagógica sólo dispone de la autoridad pedagógica en calidad de mandataria de los grupos o clases cuya arbitrariedad cultural impone según un modo de imposición definido por esta arbitrariedad, o sea, en calidad de detentadora por delegación del derecho de violencia simbólica.

3. Como imposición arbitraria de una arbitrariedad cultural que presupone la autoridad pedagógica, o sea, una delegación de autoridad (en el sentido de 1 y 2), que implica que la instancia pedagógica reproduzca los principios de la arbitrariedad cultural que un grupo o clase impone presentándolos como dignos de ser reproducidos tanto por su misma existencia como por el hecho de delegar en una instancia la autoridad indispensable para reproducirla, la acción pedagógica implica el trabajo pedagógico como trabajo de inculcación con una duración, suficiente para producir una formación duradera, o sea, un habitus como producto de la interiorización de los principios de una arbitrariedad cultural capaz de perpetuarse una vez terminada la acción pedagógica y, de este modo, de perpetuar en las prácticas los principios de la arbitrariedad interiorizada.

3.1. Como trabajo prolongado de inculcación que produce una formación duradera, o sea, productores de prácticas conformes a los principios de la arbitrariedad cultural de los grupos o clases que delegan a la acción pedagógica la autoridad pedagógica necesaria para su instauración y continuación, el trabajo pedagógico tiende a reproducir las condiciones sociales de producción de esta arbitrariedad cultural, o sea, las estructuras objetivas de las que es producto, por mediación del habitus como principio generador de prácticas reproductoras de las estructuras objetivas.

3.2. En tanto que acción transformadora destinada a inculcar una formación como sistema de disposiciones duraderas y transferibles, el trabajo pedagógico que necesita la autoridad pedagógica como condición previa para su ejercicio tiene por efecto confirmar y consagrar irreversiblemente la autoridad pedagógica, o sea, la legitimidad de la acción pedagógica y de la arbitrariedad cultural que inculca, enmascarando todavía más, mediante el éxito de la inculcación de la arbitrariedad, la arbitrariedad de la inculcación y de la cultura inculcada.

3.3. En tanto que el trabajo pedagógico es un proceso irreversible que produce en el tiempo necesario para la inculcación una disposición irreversible, o sea, una disposición que sólo puede ser reprimida o transformada por un proceso irreversible que produzca a su vez una nueva disposición irreversible, la acción pedagógica primaria (educación primera) que se realiza en un trabajo pedagógico sin antecedentes (trabajo pedagógico primario) produce un hábito primario, característico de un grupo o clase, que está en el origen de la constitución ulterior de cualquier otro habitus.

4. Todo sistema de enseñanza institucionalizado debe las características específicas de su estructura y de su funcionamiento al hecho de que le es necesario producir y reproducir, por los medios propios de la institución, las condiciones institucionales cuya existencia y persistencia (autorreproducción de la institución) son necesarias tanto para el ejercicio de su función propia de inculcación como para la realización de su función de reproducción de una arbitrariedad cultural de

la que no es el productor (reproducción cultural) y cuya reproducción contribuye a la reproducción de las relaciones entre los grupos o las clases (reproducción social).

4.1. Dado 1) que un sistema de enseñanza sólo puede realizar su función propia de inculcación a condición de que produzca y reproduzca, con los medios propios de la institución, las condiciones de un trabajo pedagógico capaz de reproducir en los límites de los medios de la institución, o sea, continuamente, el menor costo y en serie, un habitus tan homogéneo y tan duradero como sea posible, en el mayor número posible de destinatarios legítimos (entre éstos los reproductores de la institución); dado 2) que un sistema de enseñanza debe, para realizar su función externa de reproducción cultural y social, producir un habitus tan conforme como sea posible a los principios de la arbitrariedad cultural que está encargado de reproducir, las condiciones del ejercicio de un trabajo pedagógico institucionalizado y de la reproducción institucional de ese trabajo pedagógico tienden a coincidir con las condiciones de la realización de la función de reproducción, puesto que un cuerpo permanente de agentes especializados, suficientemente intercambiables como para poder ser reclutados continuamente y en número suficiente, dotados de la formación homogénea y de los instrumentos homogeneizados y homogeneizantes que constituyen la condición del ejercicio de un trabajo pedagógico específico y reglamentado, o sea, de un «trabajo escolar», forma institucionalizada del trabajo pedagógico secundario, está predispuesto por las condiciones institucionales de su propia reproducción a encerrar su práctica en los límites trazados por una institución cuya misión es reproducir la arbitrariedad cultural y no decretarla.

4.2. Dado que plantea explícitamente la cuestión de su propia legitimidad por el hecho de declararse como institución propiamente pedagógica al constituir la acción pedagógica como tal, o sea, como acción específica expresamente ejercida y sufrida como tal (acción escolar), todo sistema de enseñanza debe producir y reproducir, por los medios propios de la institución, las condiciones institucionales del desconocimiento de la violencia simbólica que ejerce, o sea, del reconocimiento de la legitimidad como institución pedagógica.

4.3. En una formación social determinada, el sistema de enseñanza dominante puede constituir el trabajo pedagógico dominante como trabajo escolar sin que ni aquellos que lo ejercen ni aquellos que lo sufren dejen de ignorar su dependencia respecto a las relaciones de fuerza que constituyen la formación social en la que se ejerce, porque: 1) produce y reproduce, por los medios propios de la institución, las condiciones necesarias para el ejercicio de su función interna de inculcación, que son al mismo tiempo las condiciones suficientes de la realización de su función externa de reproducción de las relaciones de fuerza; y porque 2) por el solo hecho de que existe y subsiste como institución, implica las condiciones institucionales de los que dispone como institución relativamente autónoma, detentadora del monopolio del ejercicio legítimo de la violencia simbólica, están predispuestos a servir además, bajo la apariencia de neutralidad, a los grupos o clases de las que reproduce la arbitrariedad cultural (dependencia por la independencia).

(2) PIERRE BOURDIEU: «A SCHOLARSHIP WITH COMMITMENT. POUR UN SAVOIR ENGAGÉ» (1999)²

Como no tengo mucho tiempo, y querría que mi discurso fuera lo más eficaz posible, voy a ir directamente al tema que quiero plantearles: los intelectuales, y más concretamente los investigadores, y todavía más concretamente los especialistas en ciencias sociales, ¿pueden y deben intervenir en el mundo político y bajo qué condiciones pueden hacerlo eficazmente? ¿Qué papel pueden jugar en el movimiento social, a escala nacional y sobre todo internacional, es decir al mismo nivel en que se juega hoy en día el destino de los individuos y de las sociedades? ¿Cómo pueden contribuir a la invención de una nueva forma de hacer política?

Primer punto: para evitar malentendidos, hay que dejar claro que un investigador, un artista o un escritor que interviene en el mundo político no se convierte por ello en un político; según el modelo creado por Zola con motivo del asunto Dreyfus, se convierte en un intelectual, o, como se dice en Estados Unidos, un «public intellectual», es decir alguien que compromete en un combate político su competencia y su autoridad específicas, y los valores asociados al ejercicio de su profesión, como valores de verdad o de desinterés, o, dicho de otra forma, alguien que pisa el terreno de la política pero sin abandonar sus exigencias y sus competencias de investigador. (Digamos de pasada que la contraposición, tan común en la tradición anglosajona, entre scholarship y commitment carece sin duda de fundamento: las intervenciones de artistas, escritores o científicos -Einstein, Russell o Sajarov- en el espacio público encuentran su principio, su fundamento, en una «comunidad» caracterizada (committed) por la objetividad, la probidad y el desinterés. Por otra parte, el scholar debe su autoridad social al respeto supuesto a estas leyes morales no escritas, tanto como a su competencia técnica.)

Al intervenir así, se expone a decepcionar (la palabra es demasiado floja), o mejor dicho, a chocar, en su propio universo, con los que ven en el commitment una infracción de la «neutralidad axiológica», y en el mundo político, con los que ven en él una amenaza para su monopolio, y en general, con todos aquellos a los que su intervención molesta. Se expone, en definitiva, a despertar todas las formas de antiintelectualismo que dormitan aquí y allá, un poco en todas partes, entre los poderosos de este mundo -banqueros, patronos y altos funcionarios-, entre los periodistas, entre los políticos (incluidos los de «izquierdas»), casi todos, hoy, ostentadores de capital cultural, y, por supuesto, entre los propios intelectuales.

Pero condenar el antiintelectualismo que casi siempre tiene por principio el resentimiento, no quiere decir eximir al intelectual de toda crítica: la crítica a la que el intelectual puede y debe someterse él mismo, o, dicho de otra forma, la reflexividad crítica, es una condición previa absoluta para cualquier acción política de los intelectuales. El mundo intelectual debe entregarse permanentemente a la crítica de todos los abusos de poder o de autoridad cometidos en nombre de

² Comunicación presentada en la Convención de la Modern Association of America sobre «Scholarship and commitment», Chicago, diciembre de 1999, transcrita en P. Bourdieu: *Contre-feux 2* (París, Éd. Raisons d’agir, 2001), según la trad. cast. de Joaquín Jordá, Barcelona, Anagrama, 2000, pp. 37-46.

la autoridad intelectual o, si se prefiere, a la crítica del uso de la autoridad intelectual como arma política; debe someterse también a la crítica del scholastic bias, cuya forma más perversa, y que nos concierne especialmente aquí, es la propensión a un revolucionarismo sin objeto y sin efecto: pienso en efecto que el impulso tan generoso como irrealista que ha llevado a muchos intelectuales de mi generación a seguir ciegamente las consignas del Partido, sigue inspirando demasiadas veces lo que yo llamo el campus radicalism, es decir la propensión a confundir las cosas de la lógica y la lógica de las cosas, según la implacable fórmula de Marx, o, más cerca de las realidades actuales, a considerar las revoluciones en el orden de las palabras o de los textos como revoluciones en el orden de las cosas.

Una vez planteadas estas premisas críticas, aparentemente negativas, creo poder afirmar que los intelectuales (entendiendo por ello a los artistas, escritores y científicos que se comprometen en una acción política) son indispensables para la lucha social, especialmente hoy, dadas las formas completamente nuevas que adquiere la dominación. Numerosos trabajos históricos han mostrado el papel que han jugado los think tanks en la producción y la imposición de la ideología neoliberal que hoy gobierna el mundo; frente a las producciones de estos think tanks conservadores, grupos de expertos a sueldo de los poderosos, debemos oponer las producciones de redes críticas que agrupen a «intelectuales específicos» (en el sentido de Foucault) en un verdadero intelectual colectivo capaz de definir los objetos y los fines de su reflexión y de su acción, es decir, autónomo. Este intelectual colectivo puede y debe cumplir en primer lugar funciones negativas, críticas, trabajando en la producción y extensión de instrumentos de defensa contra la dominación simbólica que hoy se ampara casi siempre en la autoridad de la ciencia; haciendo valer la competencia y la autoridad del colectivo reunido, puede someter el discurso dominante a una crítica lógica que ataque sobre todo el léxico («globalización», «flexibilidad», etc.), pero también la argumentación, y en particular el uso de las metáforas; también puede someterlo a una crítica sociológica, que prolonga la primera, poniendo en evidencia los determinantes que pesan sobre los productores del discurso dominante (empezando por los periodistas, sobre todo económicos) y sobre sus productos; por último puede oponer una crítica propiamente científica a la autoridad pretendidamente científica de los expertos, sobre todo económicos.

Pero también puede cumplir una función positiva contribuyendo a un trabajo colectivo de invención política. El hundimiento de los regímenes de tipo soviético y el debilitamiento de los partidos comunistas en la mayoría de naciones europeas y sudamericanas ha liberado el pensamiento crítico. Pero la doxa [opinión] neoliberal ha ocupado todo el espacio vacante y la crítica se ha refugiado en el «pequeño mundo» académico, donde está encantada de sí misma, pero no es capaz de inquietar realmente a nadie en nada. Todo el pensamiento político crítico está pues por reconstruir, y no puede, como se creyó tal vez en el pasado, ser obra de uno solo, maître à penser entregado a los únicos recursos de su pensamiento individual, o portavoz autorizado por un grupo o una institución para expresar la palabra supuesta de los sin palabra.

Es ahí donde el intelectual colectivo puede desempeñar su papel, insustituible, contribuyendo a crear las condiciones sociales de una producción colectiva de utopías realistas. Puede organizar u orquestar la investigación colectiva de nuevas formas de acción política, de nuevas maneras de movilizar y de hacer trabajar conjuntamente a las personas movilizadas, de nuevas

maneras de elaborar proyectos y de realizarlos en común. Puede desempeñar el papel de partero ayudando a la dinámica de los grupos que trabajan en su esfuerzo por expresar, ya la vez descubrir, lo que son y lo que podrían o deberían ser y contribuyendo a la recolección y a la acumulación del inmenso saber social sobre el mundo social en el que el mundo social es fuerte. Así podría ayudar a las víctimas de la política neoliberal a descubrir los diversos efectos que se derivan de una misma causa en los acontecimientos y experiencias en apariencia radicalmente distintos, sobre todo para quienes los viven, que están asociados a los diferentes universos sociales, medicina, educación, servicios sociales, justicia, etc., de una misma nación o de diferentes naciones.

La tarea es a la vez muy urgente y muy difícil. En efecto, las representaciones del mundo social que hay que combatir, contra las que hay que oponer resistencia, han surgido de una verdadera revolución conservadora, como se decía de los movimientos prenazis en la Alemania de los años treinta. Los think tanks de donde salieron los programas políticos de Reagan o Thatcher, o, posteriormente, de Clinton, Blair, Schröder o Jospin, para poder romper con una tradición de Welfare State, han tenido que llevar a cabo una verdadera contrarrevolución simbólica y producir una doxa paradójica: conservadora, se hace pasar por progresista; restauración del pasado en lo que tiene a veces de más arcaico (en materia de relaciones económicas sobre todo), presenta las regresiones y los retrocesos como reformas o revoluciones. Esto se ve claramente en todas las medidas que tienden a dismantlar el Welfare State, es decir a destruir todas las adquisiciones democráticas en materia de legislación del trabajo, sanidad, protección social o enseñanza. Combatir dicha política es exponerse a aparecer como arcaico cuando se defienden las adquisiciones más progresistas del pasado. Situación todavía más paradójica ya que uno está inducido a defender cosas que en definitiva se quieren transformar, como el servicio público y el Estado nacional, que nadie piensa en conservar en las actuales condiciones, o los sindicatos o incluso la escuela pública, que hay que seguir sometiendo a la crítica más implacable. Lo que me ha llevado actualmente a ser tachado de renegado o acusado de contradicción cuando defiendo una escuela pública de la que nunca he dejado de recordar que cumplía una función conservadora.

Creo que los scholars tienen un papel determinante que desempeñar en el combate contra la nueva doxa y el cosmopolitismo puramente formal de todos los que se llenan la boca de palabras como «globalización» o «global competitiveness». Este universalismo de fachada sirve de hecho a los intereses de los dominadores: sirve para condenar como regresión políticamente incorrecta hacia el nacionalismo la única fuerza, la del Estado nacional, que, en ausencia de un Estado mundial y de un banco mundial financiado por un impuesto sobre la circulación de capitales, los países llamados emergentes, Corea del Sur o Malasia, pueden oponer al dominio de las multinacionales; permite demonizar y estigmatizar, bajo la etiqueta infamante de islamismo por ejemplo, los esfuerzos de un país del Sur para afirmar o restaurar su «identidad». Frente a este universalismo verbal, que también hace estragos en las relaciones entre los sexos, y que deja a los ciudadanos aislados y desarmados frente a las potencias económicas internacionales, los committed scholars pueden oponer un nuevo internacionalismo, capaz de abordar con una fuerza auténticamente internacional problemas que, como las cuestiones de medio ambiente, contaminación atmosférica, capa de ozono, energías no renovables o nubes atómicas, son necesariamente «globales», porque no conocen fronteras entre

naciones o entre «clases»; y también problemas más puramente económicos, o culturales que, como los temas de la deuda de los países emergentes o de la influencia del dinero en la producción y difusión culturales (con la concentración de la producción y de la difusión cinematográfica, editorial, etc.), pueden reunir a intelectuales auténticamente universalistas, es decir realmente preocupados por universalizar las condiciones de acceso a lo universal, más allá de las fronteras entre naciones, y en particular entre las naciones del Norte y el Sur.

Para ello, los escritores, los artistas y sobre todo los investigadores, que, por su profesión, están más inclinados y más acostumbrados a superar las fronteras nacionales, deben trascender la frontera sagrada, que también está grabada en su cerebro, más o menos profundamente según las tradiciones nacionales, entre el scholarship y el committment, para salir de una vez por todas del microcosmos académico, entrar en interacción con el modelo exterior (es decir sobre todo con los sindicatos, las asociaciones y todos los grupos en lucha) en lugar de conformarse con conflictos «políticos» a la vez íntimos y últimos, y siempre un poco irreales, del mundo escolástico, e inventar una combinación improbable, pero indispensable: el saber comprometido, scholarship with committment, es decir una política de intervención en el mundo político que obedezca, todo lo posible, a las reglas vigentes en el terreno científico. Lo cual, dada la mezcla de urgencia y confusión que caracteriza el mundo de la acción, sólo es auténtica y plenamente posible por y para una organización capaz de orquestar el trabajo colectivo de un conjunto internacional de investigadores, artistas y pensadores. En esta empresa colectiva, los pensadores desempeñan sin duda un papel primordial, en un momento en que las fuerzas dominantes invocan sin cesar la autoridad de la ciencia, sobre todo económica. Pero los escritores, y sobre todo quizás los artistas (y muy especialmente, entre ellos, los que, como Hans Haacke y Nancy Frazer, por citar sólo a dos de mis amigos americanos, ya han comprometido su talento en combates críticos), tienen también su lugar, importante. «No hay fuerza intrínseca de la idea verdadera», decía Spinoza, y no será el sociólogo quien le quite la razón. Pero puede sugerir que los escritores y los artistas podrían desempeñar, en la nueva división del trabajo político, o, para ser más exactos, en la nueva manera de hacer política que hay que inventar, un papel absolutamente insustituible: dar fuerza simbólica, a través del arte, de las ideas, de los análisis críticos; y, por ejemplo, dar una forma visible y sensible a las consecuencias, todavía invisibles, pero científicamente previsibles, de las medidas políticas inspiradas en las filosofías neoliberales.

Para terminar, querría recordar lo que pasó en Seattle el mes pasado. Creo que, sin subestimar su importancia, puede verse en este hecho una primera experiencia ejemplar que hay que analizar, para intentar desprender los principios de lo que podrían ser los medios y los fines de una acción política internacional en la que las experiencias de la investigación se transformasen en manifestaciones políticas acertadas o incluso en instrumentos de intervención rápida de una nueva forma de Agit Prop [agitación y propaganda]; lo que podrían ser, de forma más general, las estrategias de lucha política de una nueva organización no gubernamental definida por una entrega (committment) total al internacionalismo y una adhesión íntegra al profesionalismo (scholarship).

París-Chicago, diciembre de 1999